

EDITORIAL

Un tres por ciento de la población mundial –175 millones de personas- se encuentra actualmente en situación de inmigrantes, lo que significa que 1 de cada 35 habitantes trabaja y reside fuera del lugar en que nació. Es extranjero.

Esas cifras, contenidas en un informe de las Naciones Unidas de 2002, permiten suponer, teniendo en cuenta las precarias condiciones vitales de gran parte de la Tierra, que una cantidad similar de personas tienen el propósito de emigrar. Y aunque aún no hayan salido de su suelo nativo, esta inmensa voluntad proyecta en el mundo una perceptible inquietud.

Se trata de un fenómeno planetario que, a comienzos del Siglo XXI, presenta características distintas de los clásicos movimientos migratorios que ha conocido la raza humana en toda su historia. Hoy, como siempre, los variados motores que impulsan al emigrante pueden agruparse, fundamentalmente, en tres: desempleo, con su correlato de pobreza y hambre; derechos humanos conculcados y persecución política. Y hoy, como siempre, las corrientes migratorias fluyen de países pobres, generalmente sometidos a gobiernos dictatoriales, hacia naciones ricas y democráticas donde el bienestar y la libertad parecen al alcance de la mano. Y si en otros tiempos estas tierras estaban abiertas porque era preciso trabajarlas y poblarlas, hoy sus puertas solo se entreabren, porque ha surgido un hecho nuevo. Esas naciones prósperas y libres –en especial las europeas, Estados Unidos y Japón- están envejeciendo. Ineluctablemente, de aquí al año 2050, según cálculos de la UN, disminuirán y envejecerán sus poblaciones por las bajas tasas de natalidad y mortalidad que presentan. Esto es irreversible. En consecuencia, es vital para ellas la sangre nueva de la inmigración, pero solo hasta ciertos límites, únicamente hasta determinados niveles “de reemplazo”. Ocurre, sin embargo, que esos límites y niveles siempre son sobrepasados por la abrumadora demanda de ingreso que ha generado la indigencia y la opresión imperantes en vastas regiones del mundo. De modo que las oleadas humanas que pugnan por entrar chocan inevitablemente contra el muro de los cupos establecidos, lo que desencadena una lucha que atormenta a inmigrantes y a nativos. Los ecos dramáticos de xenofobia, ilegalidad, racismo, trata de seres humanos, degradación y hasta de muerte violenta resuenan casi a diario en los medios masivos de comunicación.

La Argentina -país de inmigración tan profunda que, a veces, hijos argentinos de aquellas multitudes europeas que arribaban al Plata suelen tener sueños de lugares europeos que nunca han visto, que solo conocen por el relato de sus padres-, la Argentina, decimos, también está envejeciendo. Así lo demuestran sus bajas tasas de fecundidad, similares a las de los países opulentos; pero aquí se da un fenómeno paradójico. Por un lado, de acuerdo con su envejecimiento y sus grandes vacíos geográficos, la Argentina necesitaría vitalidad inmigratoria, pero como su

desarrollo económico ha sido hasta hoy limitado, con altas tasas de desempleo, ha generado lo contrario. Ha causado la partida de muchos jóvenes, emigración esta que en buena medida constituye una dolorosa fuga de cerebros. Aun así, por otro lado, la Argentina ejerce suficiente atracción comparativa, especialmente en países limítrofes, de donde provienen flujos migratorios considerables. Más allá de polémicas, especialmente de índole laboral, y de la presencia de personas indocumentadas, muchas de las cuales son sometidas a intolerable explotación, la cuestión migratoria –tanto de salida como de entrada- es hoy un dato insoslayable del futuro argentino.

Pero ya sea dentro o fuera del país, este problema revela la extrema complejidad que lo envuelve, acrecentada por la gravitación que tiene en la marcha global del mundo; tanta que, tal vez, “migratorio” resulte uno de los adjetivos definitorios de este siglo.

Por eso, “Signos Universitarios” ha dedicado este número –y dedicará el siguiente- a esclarecer tan conflictiva materia. En esta edición agrupó en cuatro capítulos generales –Ciencias Sociales y Políticas, Cultura y Educación, Salud y Ficción- los trabajos de destacados especialistas y estudiosos de la Universidad del Salvador. Ellos han dilucidado distintos aspectos de identidad, desarraigo, historia, idioma, segregación, finanzas, terapias y economía inherentes a la vida de los inmigrantes, tanto en la Argentina como en el exterior. Estos estudios, sumados a los que se publicarán en la próxima edición, conformarán una sólida base de conocimientos e ideas que ayudará a mitigar los efectos negativos de la inmigración y, al mismo tiempo, señalará caminos para la comprensión y la integración social, que, en definitiva, deben ser las metas últimas de los procesos migratorios.

Haydée I. Nieto
Directora
Publicaciones Científicas